aunque perdonados, sentirán la reprensión sin el grave inconveniente de irritarlos á todos.

Finísimo tacto hay en esta advertencia de Fenelón: «No digáis jamás á un niño una falta ó defecto sin decirle y animarle á corregirlo: sería bien excitarle á que él mismo quiera que se le digan sus defectos; y nunca digáis muchos de una vez.»

Es falta de tacto manifestar complacencia en las reprensiones ó castigos, ó al contrario, mala voluntad ú odio: *Objurgant quasi oderint.* ha dicho Quintiliano. Y finalmente toda falta de caridad y procedimiento que irrite á los que sean de naturaleza sensible, y á los que no lo sean tienda á hacer estúpidos.

CAPÍTULO VI

La abnegación

1. — La cuarta cualidad necesaria para dignamente ejercer el *Apostolado de la enseñanza* es la abnegación.

Al hablar el Obispo de Orleans de la abnegación de un digno profesor se exclama así: «Dígolo con la más profunda convicción: quien no tiene en su corazón abnegación de padre y de madre para la juventud no está destinado al ministerio de la educación.» El que así habla va al fondo de la cosa y sabe lo que lleva entre manos.

¿Y qué es la abnegación? Es entregarse en cuerpo y alma, sin reparar en sacrificios, á la obra de su ministerio; es después de dar su tiempo, en libertad, sus comodidades, darse asimismo todo entero: sólo así se desempeña con abnegación este *Apostolado*. Yo os daré todas las cosas y á mí mismo, decía San Pablo: *Impendam omnia et super impendar ipse*. Esta es la meta del digno educador.

La sublimidad é imponderable trascendencia de la educación para el tiempo y para la eternidad exige todo eso:

los niños de hoy serán los hombres de mañana, después los habitantes de la mansión de la gloria ó del lugar de los tormentos.

El digno educador sabe, sin forjarse ilusiones, que sólo á fuerza de abnegación puede educarse convenientemente la juventud. Vivir sin aparente dignidad, sin descanso, siempre al nivel de los jóvenes, multiplicarse, extender su solicitud á todo y á todos, al progreso en la piedad y en las ciencias, á la inteligencia, al corazón, al carácter, al gusto ó parte estética, á la salud, á las relaciones de dentro y de fuera, á los defectos para corregirlos con paciencia, á las buenas cualidades para desarrollarlas, á las penas, enojos y desmayos para consolar, dulcificar, animar; en una palabra, la solicitud que abarca todo, desde las necesidades más elevadas del alma hasta los cuidados más humildes de la vida material ni si quiera puede concebirse sin una abnegación extraordinaria.

Por eso decía Fenelón á los educadores: «Sed padres; y aún no basta: sed madres.» San Pablo había dicho: Nosotros no somos pedagogos sinó padres: *Non pædagogos sed patres*. Yo estaba en medio de vosotros como un padre, hablándoos con ternura como á hijos míos. Yo era para vosotros como una nodriza cariñosa.

Sábese el dulce nombre con que San Juan llamaba á sus discípulos: Hijos míos, hijitos míos: *Filioli*. Y en esto no era sinó el eco fiel del divino Educador que á sí mismo se había comparado á una madre: *Sicut gallina pullos,* y había dicho: Dejad que los jovencitos vengan á mi: *Sinite parvulos venire ad me*.

Tan verdadero es todo esto y tan fundado en la razón que hasta lo habían entrevisto los paganos. Necesítase, ante todo, decía Quintiliano, que un maestro tenga para sus discípulos corazón de padre: *Sumat ante omnia erga discípulos ánimum parentis.*

La educación es una función esencialmente paternal, y esto es su mayor gloria; necesítase, pues, en los llamados por vocación á este ministerio la misma ó mayor abnega-

ción que la naturaleza ó mejor, la Providencia ha depositado en el corazón de los padres. Tenéis la representación y la autoridad del padre en la educación de sus hijos, la paternidad más bella, la del alma, tened, pues, su abnegación.

Dice Rollín: no hay un momento en que el maestro no responda del alma de los jóvenes que se le han confiado. Si su ausencia ó falta de atención, añade, da lugar á que el hombre enemigo les robe el precioso tesoro de la inocencia ¿que responderá á Jesucristo, cuando le pida cuenta de sus almas? No debe, pues, perderlos nunca de vista. ¿Y esto concíbese siquiera sin abnegación extraordinaria?

Veamos un detalle de los mil que abarca la educación. Un profesor digno atenderá preferentemente á los discípulos más retrasados de la clase, sin sacrificarlos á los que á los ojos del mundo le darían más honor. Este procedimiento no lo tienen sinó un padre y una madre que no abandonan jamás á sus más pequeñitos, que se proporcionan á su debilidad, atienden á sus necesidades todas y dicen como Jacob: No puedo andar tan de prisa, sabes que tengo pequeñitos: *Nosti quod parvulos habeam.* Así proceden los profesores que tienen abnegación, no, los meramente asalariados.

Por otra parte sólo una gran abnegación soporta con paciencia tanta ligereza, tanta distracción, tanta ingratitud, tanto defecto natural como hay en los niños; y sólo ella los atrae, los transforma y se hace amar de ellos identificándose profundamente con sus tiernecitas almas.

Una inteligencia clara, un juicio recto, larga experiencia, observación fina y penetrante son sin duda necesarias á la ciencia de la educación; pero sólo la abnegación acierta en ideas, recursos, deberes y circunstancias, sin las que sería imposible completar la educación.

Decía un admirable educador: «¡Cuán difícil es en presencia de los niños pensar en todo cuando sólo se hace con la cabeza! ¡qué inevitables lagunas, qué involuntarios olvidos! ¡cuántas cosas mal comprendidas ó abandonadas!

Vosotros á quienes maravilla la ligereza de los jóvenes, impacienta su pereza, irrita su indocilidad, desaniman sus caidas, dejad á otros el cuidado de formar esos corazones y entendimientos, tan llenos de desigualdades y miserias de toda especie: dejad á otros esos infinitos detalles, tan fatigosos por su monótona repetición, como por la pequeñez de su objeto: os cansaríais pronto en vuestro oficio, no llenaríais vuestro deber, luchando contra vosotros mismos; vuestros discípulos se resentirán de la penosa fatiga de vuestra vida que no estaba llamada á la educación.

El que ejerce el *Apostolado de la enseñanza* recuerda constantemente que Dios y los padres le han confiado, para que los eduque, sus más amadas prendas. El corazón de Dios y en necesaria proporción el corazón de los padres es un foco inagotable de abnegación y de paciencia; hé aquí porque el educador digno deberá participar, al representarlos, de las cualidades de su mismo corazón.

Para evitar y prevenir los inmensos peligros que en las distracciones, en los enfados, en las penas, en los placeres puede correr el corazón del niño, el educador no omite medio en su ternura y abnegación para que esté siempre abierto y satisfecho; proporciónale las más dulces y nobles satisfacciones de la piedad y del estudio, los recreos más vivos y más puros: así la amada juventud, más buena cada día y más contenta hállase feliz bajo el cuidado é inspección de un corazón paternal, encontrando en la escuela, en el colegio, en la casa de educación unos segundos padres que, dispuestos por la Providencia, abrigan, como los primeros, ricos tesoros de abnegación y puro amor.

2. — Como en último resultado tenga la educación por objeto hacer felices á los jóvenes en la vida presente y en la vida del porvenir, el profesor digno mirará todos sus detalles como de importancia suma; y su abnegación le hará el hombre de Dios, siempre dispuesto para todo bien.

Sin descuidar un punto el ministerio particular puesto

á su cargo, no perderá jamás de vista el conjunto general, y sin intrusiones irritantes se prestará con plena voluntad á cualquier trabajo extraordinario que exijan las circunstancias que en una casa de educación pueden presentarse á cada hora.

El orden y buen espíritu de los alumnos, el buen estado del edificio, la economía general, todo influye poderosamente en la educación, ministerio tan colectivo y tan complejo; y sólo con abnegación se consigue la unidad y dirección de fuerzas que dan por resultado el fecundo fin que se persigue.

Quo altius eo divinius ha dicho un Santo: cuanto á más alto se mira, más se asemeja uno á Dios: así la importancia de la buena marcha general de una casa de educación exige de la abnegación del profesor que no se limite á su propia esfera, que no se concentre en lo que podría llamarse la vida privada, sinó que en caso necesario se preste con amor al bien común, combatiendo así el egoismo que, como se sabe, es el gran enemigo de la abnegación.

La enfermedad de un comprofesor, una visita, los exámenes, las academias, etc., etc., requirirán una vigilancia, un trabajo no ordinario: sólo la abnegación sostiene el buen espíritu que hace frente á todo, y sabe decir: «Preparado está mi corazón, Dios mío, preparado está mi corazón.»

Conviene no olvidar que el buen éxito de una batalla depende más de la abnegación, esto es, de la exactitud á lo mandado por el general que del valor y bravura aislada del soldado.

Para que la abnegación sea verdadera, constante, firme y eficaz, sin paralisis, ni desfallecimientos un profesor digno recordará las observaciones siguientes:

1.ª Conviene tener alta estima del gran ministerio de la educación y de la eficacia de los procedimientos que la enseñanza católica, como inspirada en Jesucristo, pone á su servicio para conseguir la dicha de la juventud en el tiempo y en la eternidad. El exceso aquí no es peligroso; y se evita el decaimiento en que incurriría el celo y abnegación de un profesor, aunque no consiga ver realizado su ideal en una escuela, seminario ó casa de educación.

2.ª Hay que acostumbrarse á juzgar con indulgencia de los hombres y de las cosas. Esta disposición que tanto agrada á Dios sirve admirablemente para ganar los corazones de nuestros semejantes y sostener nuestro celo. Ha dicho un gran pensador: «El optimismo es necesario para convertir las almas; es esencial al apostolado que desmayaría á no estar sostenido por la esperanza del éxito. El ejército que duda menos del buen resultado del combate tiene más asegurada la victoria.»

Según el consejo de San Francisco de Sales, cuando presenciemos un hecho que mirado de cien maneras, las noveinta y nueve son malas y una sola buena, adoptemos ésta con preferencia. Haciéndolo así, sufriremos menos, agradaremos más á Dios y á los hombres, y nuestra estima y confianza en el ministerio de la educación no se alterará.

3.ª Para evitar decepciones y errores que emenguarían el celo y abnegación es prudente preveer con la mayor benevolencia muchas especies de defectos en las cosas y personas que nos rodean. No hay hombre grande para su ayuda de cámara, ha dicho Balmes. Todos los hombres valen poca cosa para producir grandes resultados; y en las empresas mejor combinadas y emprendidas se hallan hechos extraños y necias consecuencias, aún en los buenos entendimientos y en las almas más santas. Así en lo más íntimo del corazón se arraiga la convicción preciosa de que el buen éxito no tanto depende de nuestros esfuerzos como de la gracia con que Dios recompensa nuestra buena voluntad.

Admirable regla de conducta se halla en esta máxima de San Agustín, que el Conde de Maistre llamaba «el fatalismo de la sabiduría»: «Hacer todas las cosas, como si su buen éxito no dependiera más que de nosotros; y después de haber trabajado, esperar sólo de Dios el buen resultado.» Con esto no decaerá nuestra abnegación á pesar de las

imperfecciones de los hombres; será la misma, cualquiera que sea el éxito, y hasta se agrandará á medida que confiemos menos en los medios puramente humanos, disipándose nuestras ilusiones para dar lugar á la verdadera luz de la fe.

En muchísimas cosas, dice Bossuet, los hombres hacen más de lo que piensan, y en sus consejos se hallan muchos efectos imprevistos. Es que en los grandes resultados, como en los de la educación, Dios quiere aparecer visiblemente; allí se ve su mano: *Digitus Dei est hic;* y nos muestra la gran ley providencial que domina y explica los acaecimientos en todo orden de cosas.

4.ª Para que la abnegación no decaiga y se halle siempre sobrenaturalizada es de grande importancia acudir con frecuencia á la sublime y alta consideración de la voluntad de Dios. ¿Quién me ha confiado estos jovencitos? ¿No valen sus almas más que todo el mundo? ¿No tiene cada uno su ángel que le sirve con asiduidad noche y día y, adorando á Dios, le deja su responsabilidad y su mérito? ¿No es aquí, en esta escuela, en esta casa donde Dios me ha colocado y ha puesto la tienda de mi corta peregrinación? Así nos guardaremos de hacer comparaciones y preferir otros lugares, recordando «que la imaginación y el cambio de lugares han engañado á muchos;» y cuando oigamos la buena marcha y feliz éxito de otras casas de educación, diremos con el Apóstol: «Con tal que Jesucristo sea conocido, me regocijo, y me regocijaré.» Y si en esas casas se descuida la enseñanza religiosa, esforcémonos con nuestra abnegación y celo para que prevalezca la enseñanza según Dios, y que nuestros discípulos honrando con su conducta religiosa y literaria la buena educación, hagan nacer en el corazón de los padres el deseo de procurar una semejante para sus hijos.

5.ª Como la abnegación del que ejerce el *Apostolado de la enseñanza* deba extenderse á todo y á todos en lo referente á la educación y sólo Jesucristo, Educador divino, sea el modelo y fuente inagotable de abnegación, el

profesor digno se hará un deber imprescindible de acudir á su divino Corazón y allí retemplar constantemente sus fuerzas, bien persuadido que quien le ha dado lo más, mejor le dará lo menos, que su promesa es fidelísima, y que si buscamos abnegación en él la encontraremos.

Guardadas fielmente estas advertencias, no se verá languidecer nuestra abnegación, ni se dará el triste y lamentable espectáculo de ver á profesores de un seminario ó casa de educación ir á porfía por quien trabajará menos en la obra general. Antes bien, mutuamente excitados, y sabiendo ser nada nuestro trabajo en comparación de la recompensa que nos aguarda, nos entregaremos de lleno al gran ministerio de la educación, hasta poder decir con el Apóstol: Nosotros por amor á Jesucristo nos hemos hecho los servidores de la Juventud: *Nos autem servos vestros per Jesum.*

Veremos en cada ocasión que se presente un medio más para excitar nuestra abnegación; no pretextaremos, como el sacerdote y levita judíos, indiferencia para el necesitado, sinó que, como el buen samaritano, nos apresuraremos á socorrerle, gozándonos en que se presente ocasión de hacerlo, como se goza, dice San Juan Crisóstomo, el cazador, al presentársele una gran caza: *Perinde ac si venatum quemdam maximum nactus esset, ita lucrandi ansam arripuit.* Y añade el mismo santo Doctor: «Si encontrareis oro por el suelo ¿diríais porqué no lo han cogido otros? No; os apresuraríais á recogerlo antes que los demás: creed, pues, haber encontrado un tesoro, cuando se os presenta ocasión de ejercitar la abnegación con vuestros semejantes.

Seremos de una exactitud escrupulosa en todos nuestros ministerios, recordando que nuestra presencia evita muchísimas faltas en nuestros discípulos, y que vale más prevenir que remediar.

Y finalmente gozosos en el cargo que la Providencia ha confiado á nuestra abnegación, no atenderemos sinó á llenarlo cumplidamente, esperando por toda recompensa,

no las cosas frívolas y perecederas de este mundo sinó á Aquel que es la gloria de los bienaventurados y que sólo puede llenar nuestro corazón en el tiempo y en la eternidad.

CAPÍTULO VII

El amor

1.—La quinta cualidad indispensable para el *Apostolado de la enseñanza* es el amor.

Ha escrito Platón en *Las Leyes* estas palabras verdaderamente admirables: «Sólo el amor diviniza al hombre, le inspira, le transporta, le convierte en Dios por la generosidad y le hace semejante al que es bello por naturaleza. El que quiera ser hombre grande, no deberá amar á sí, y sus cosas sinó el bien que halle en sí ó en los otros. En el que ama hay algo más divino que en el que es amado.» Fenelón escribe: «El que ama hasta la abnegación, es decir, hasta olvidarse á sí mismo, tiene lo más divino que hay en el amor, el transporte, el olvido de sí, el desinterés, la pura generosidad.» Y sin amor, dice el mismo filósofo ateniense, no hay abnegación.

Para llenar el bello y laborioso ministerio de la educación, ante todo, hay que amar á Dios en sí y las almas de los niños en Dios.

El amor hizo de Dios el Maestro, *Præceptor*, de la humanidad; y el amor le llevó hasta el último grado de la abnegación, hasta el sacrificio: *Sic Deus dilexit mundum.* Al partir para el cielo y dejar á sus apóstoles el gran ministerio de la educación del genero humano, sólo les exige el amor; porque el amor enseña todo: *Suggeret omnia;* y en el amor se halla la plenitud de la perfección: *Plenitudo legis dilectio.*

Uno de los nombres de Dios es ser amante de las almas: *Qui amas animas;* por eso el digno profesor siente

en sí ese mismo amor, ha recibido del cielo tan noble inspiración, y dice con toda verdad: dadme las almas y llevaos todo lo demás: *Da animas, cætera tolle tibi.*

Por otra parte ¿hay en el mundo cosa más amable que las almas jovencitas, hechas á imagen de Dios, rescatadas y teñidas con la sangre de Jesucristo y que conservan todavía la naturalidad é inocencia de sus primeros encantos? Porque los niños, los jóvenes son amables á pesar de todos sus defectos: sólo en ellos se encuentra un corazón sencillo, abierto, natural; y ellos son verdaderos, ingenuos, sinceros sobre el resto de los hombres. Los divinos aromas de la gracia del bautismo y de la primera comunión en ningún corazón se perciben como en el corazón de los niños; y ellos han sido, son y serán el más ameno jardín del catolicismo.

Sólo el amor, el verdadero amor produce la abnegación; y á su vez, la abnegación es el testimonio más perfecto del amor.

El que sólo por interés, por el vil interés: *turpe lucrum* de San Pablo, se dedica á la enseñanza ó educación de la juventud, no pasará de lo exterior, de la corteza, de la mera instrucción, no llegará hasta el alma; ahí sólo llegan los hombres de abnegación, los que han recibido de Dios el don sublime del amor, en el que exclusivamente se hallan el poder, la fecundidad y la bendición de la vida. Sólo estos se atienen fielmente á lo consignado por el Apóstol: Bástanos lo indispensable para la vida: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus.*

Mucho menos podrá educar dignamente el que sólo busca el placer. No hay cosa más distante de la abnegación que el placer; y este es, á su vez, lo más interesado. Por otra parte el ministerio de la educación no lleva en sí sino grandes penas; á lo más, producirá consuelos á los dignos profesores, placer, jamás.

Tampoco el honor, poderoso motor de los grandes corazones, basta para la educación. Esta es, sin duda, lo más grande que hay en el mundo, lo más verdadero en la su-